

¿QUÉ ES EVANGELIZAR?

A. DECOURTRAY

EVANGELIZAR/QUÉ-ES:

Al comenzar este informe, se siente la tentación de evocar la célebre frase del autor de la Imitación acerca de la compunción: "Vale más experimentarla que conocer su definición". Sí, es más importante vivir las realidades de la fe que explicitarlas y formularlas. Y, en realidad, antes que los teólogos tomaran por su cuenta el analizarla, la Iglesia ejerció su misión evangelizadora... Pero esto no quiere decir que la reflexión no tenga importancia. Un conocimiento más explícito de la compunción puede rectificar su práctica. Una teología de la oración ayuda a rezar mejor. Una teología de la caridad enseña a amar mejor. ¿Por qué una reflexión teológica sobre la evangelización no ha de favorecer la acción evangelizadora? Desgraciadamente, este sector, este aspecto de la teología pastoral, quedó en sombras desde hace varios siglos. Y, a pesar de la extraordinaria renovación actual, con todas las esperanzas que lleva en sí, hay todavía pocos análisis detallados, pocas monografías bien hechas, pocas síntesis verdaderamente esclarecedoras, y prácticamente ninguna definición rigurosa y definitiva. No extrañará, pues, el carácter forzosamente muy incompleto de este breve informe ni tampoco su forma voluntariamente interrogativa y vacilante. ¡La teología pastoral no ha adquirido todavía la serenidad y el rigor de sus hermanas mayores: la dogmática y la moral! Hechas estas reservas, trataremos de llamar la atención sobre algunos aspectos del misterio de la evangelización y sobre una de las actitudes fundamentales que requiere para ser realizado de forma auténtica por los ministros de la Iglesia.

I. LA EVANGELIZACIÓN

La significación bíblica del término "evangelizar" es relativamente fácil de establecer. Es, en efecto, uno de los más antiguos y más usados del vocabulario sagrado. Cinco siglos antes de Cristo, el autor del libro de la Consolación la empleaba: "¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del evangelizador que anuncia la paz, que te trae la buena noticia, que pregona la salvación, diciendo a Sión: Tu Dios reina!" (Is 52, 7; cf. Rom 10, 15). «El me ha enviado para evangelizar a los abatidos y sanar a los de quebrantado corazón; para anunciar la libertad a los cautivos y la liberación a los encarcelados» (Is 61, 1). En los tiempos mesiánicos, los ángeles "evangelizan" (Lc 1, 19; 2, 10). Después, Juan Bautista «evangelizará» (Lc 3, 18). Jesús es el evangelizador anunciado por el Profeta (Lc 4, 16-21; Mt 11, 5). Los apóstoles y, sobre todo, Pablo, continúan esta obra de Jesús (Mc 16, 15; Rom 1, 1; Gál 1, 15 ss.; I Tes 2, 4; Col 1, 23, etc.). Todas estas citas permiten definir con bastante precisión el sentido bíblico de la evangelización: es la proclamación de la Buena Nueva de Salvación. Sin embargo, ¿podemos contentarnos con esta definición? Como tantas y tantas otras, como "apóstol", "profeta", "sacerdote", «sacramento», etc., los términos «evangelio», "evangelizar" han tenido una vida, una historia desde hace veinte siglos. Han entrado en el vocabulario patristico, litúrgico. Se las encuentra cada vez más en los textos del magisterio. Ahora bien, en el curso de esta historia, no acabada, han aparecido matices nuevos, otros se han difuminado. Recientemente diversas precisiones han sido aportadas por la jerarquía. "Evangelizar -escribe, por ejemplo, el Cardenal Feltrin- es facilitar la percepción de Jesucristo viviente en la Iglesia, en y por el encuentro con el otro» (D.C., 1.252, 26 mayo 1957, col. 677). Una definición teológica debe tener en cuenta lo más posible esta historia y esta actualidad. Es decir, que, aun apoyándose firmemente en la Escritura, no puede identificarse pura y simplemente con la definición exegética. Es decir, también, que

todavía le es imposible pretender un rigor total. Más aún: necesita ser lo bastante amplia y lo bastante dúctil para dar lugar a los múltiples aspectos bajo los cuales la evangelización ha sido y es efectivamente vivida en la Iglesia.

Para tener en cuenta esta exigencia, proponemos la definición siguiente: "evangelizar es poner al no-convertido (individuo o colectividad) en presencia del Evangelio". La evangelización es el acto o la actividad que provoca el encuentro, el encuentro real entre el Evangelio y el o los no convertidos, que hace realmente presente el Evangelio auténtico a estos hombres tales como son. El análisis de estos tres términos: "evangelio"- "no-convertido"- "puesta en presencia", posiblemente nos permitirá entrever la realidad evocada hoy con esta palabra: evangelización.

a) El Evangelio

En primer lugar, se trata del Evangelio. El Evangelio, lo sabemos ya, es la Buena Nueva de la salvación del hombre en Jesucristo por medio de la fe. Pero ¿comprendemos suficientemente hasta qué punto la naturaleza misma del Evangelio caracteriza la evangelización respecto a cualquier otra actividad de comunicación?...

EV/QUÉ-ES: Es una "nueva" lo que presenta el evangelizador.

Una «nueva», es decir, un «anuncio». Una verdad, pues, captada en su relación con una persona, en su intencionalidad; una verdad-para-alguien; una verdad «ad»; una llamada. El Evangelio es la Revelación de Cristo, pero no en sí misma, considerada como un dato o un depósito; es esta misma Revelación en tanto que concierne al hombre, que mira al hombre.

Toda verdad puede ser considerada desde dos puntos de vista distintos, aunque inseparables: el de la objetividad y el de la intencionalidad. Tomemos un ejemplo muy simple: «Hay un tren que sale de Lille a las 7,20 y llega a París a las 9,45.» Esto es interesante en sí y en general. Se puede subrayar la rapidez, la comodidad de este medio de transporte, notar el progreso que representa, etc. Pero hay otro punto de vista, el del hombre que tiene una cita en París a las diez. Es, desde este punto de vista, como esta verdad se convierte en «nueva» y, en algún caso, en «buena nueva». Con otras palabras, una verdad, sea la que fuere, no merece el nombre de «noticia» más que en la medida en que está ordenada a alguien a quien concierne.

Mutatis mutandis, ya que no se trata más que de una analogía, el Evangelio corresponde a este segundo punto de vista. Es una verdad-para-alguien. Podemos, ciertamente, considerar estos datos en sí mismos. Podemos, y ésta es una función importante de

la teología, fundamentar, analizar, precisar, explicitar, sintetizar este «depósito». Una proposición tal como: «El Hijo de Dios se encarnó. Murió y resucitó. Fundó un Reino» puede ser objeto de reflexiones y de exposiciones lo bastante rigurosas como para merecer el nombre de científicas. Pero éste no es el punto de vista evangélico. Los datos objetivos, acontecimientos y palabras de la vida de Jesús no son «evangelio» en tanto no atañen a hombres concretos. «Para que creáis y creyendo tengáis vida» (Jn/20/31). El Evangelio no es un informe o una suma, es una nueva. Esta es su primera característica.

EV/ASOMBRO/ALEGRIA: Hay una segunda, no menos fundamental, que equivale a dos términos frecuentemente utilizados en el vocabulario bíblico de la evangelización: «asombroso» y «alegre» o «gozoso». Un asombro llenado de alegría acompaña al Evangelio. El que propone esta extraordinaria noticia y los que la oyen están como «estupefactos», «embotados». El libro de la Consolación (Is/40/55), que es una anticipación del Evangelio (cf. 40, 9 ss.; 52, 7 ss.), expresa del principio al fin estos sentimientos con una fuerza que no será igualada antes del Nuevo Testamento. Se verán, dice Isaías, «cosas nuevas», "jamás vistas", «jamás oídas...». «Mirad, yo voy a hacer una obra nueva,

que ya está comenzando» (Is/43/19). «Yo te he dado a conocer ahora cosas nuevas, ocultas y desconocidas, acaban de ser creadas al instante, sin que antes las hubieras oído, para que no puedas decir que tú lo sabías» (Is 48, 6). «El mensajero que te trae la buena noticia, trae la dicha» (Is 52, 7). «Estallad en gritos de alegría» (Is 52, 9). Ante la salvación que Yahvé nos trae por medio de su Servidor, los «reyes», es decir, todos los pueblos, «se asombrarán», «quedarán boquiabiertos», porque «verán lo que jamás vieron y oirán lo que jamás habían oído. ¿Quién creará lo que oímos decir?» (Is 52, 15).

El asombro y el gozo ante la Buena Nueva son un leitmotiv de San Lucas, tanto en el Evangelio como en los Hechos. Y ya conocemos bastante la admiración de Pablo delante de la «novedad» y esplendor de la Revelación que anuncia (cf. Ef/03/03; Rm/11/33, etc.).

Estos sentimientos no son superficiales. Traducen, en el plano de la experiencia, un aspecto esencial de la realidad evangélica. El Evangelio es anuncio de una salvación, de una plenitud para el hombre -de ahí el gozo que emana-, pero de una plenitud literalmente inesperada, nunca oída, imprevisible, sobrenatural- de ahí el carácter asombroso, maravilloso de esta alegría-. «Estaban maravillados de lo que les contaban los pastores» (Lc/02/18). El tercer rasgo del Evangelio es, quizá, el más importante: el carácter radicalmente decisivo de la Buena Nueva anunciada. Precisemos el sentido de este adjetivo. Ciertos anuncios pueden asombrar por su novedad sin ser, sin embargo, decisivos. Convengamos en llamar noticia decisiva una verdad que decide un cambio importante en nuestra existencia. Si nos enteramos por una tesis rimbombante que el emperador Nerón no era un monstruo, sino que era mucho más justo y bueno que su reputación, esto es una novedad asombrosa, pero de ninguna forma decisiva. Pero si la radio nos anuncia que ha estallado una revuelta en Argelia, ésta es una noticia que puede tener carácter decisivo, porque podría decidir un cambio en nuestra existencia.

EV/CONVERSIÓN/RADICAL: A este carácter decisivo es al que hacemos alusión. El Evangelio es una novedad que decide nuestra existencia. Pero hemos de ir más lejos y añadir que este carácter decisivo es radical. Radicalmente, en su raíz, en lo más profundo de sí misma, la existencia se interroga. El Evangelio no decide solamente el cambio de un sector o de un momento de mi existencia, sino que decide el fondo de la existencia, su eje fundamental, el ser, el yo profundo, lo que la Biblia llama el «corazón», este «corazón» que es "más profundo que cualquier otra cosa", como decía Jeremías.

EV/CAMBIO: El Evangelio no es una Buena Nueva. Es la Buena Nueva destinada a cambiar radicalmente al que lo acoge. Es la verdad hecha-para- este-cambio-radical, este cambio radical que el Nuevo Testamento llama metanoia, es decir, conversión del corazón.

Estos son los rasgos esenciales del Evangelio. ¿Se les reconoce en nuestra «evangelización»? ¿Es una «novedad», una «noticia» lo que presentamos, o es un enunciado general e intemporal sin relación perceptible con la vida de los hombres? ¿Es la revelación inaudita de un misterio de salvación, o un catálogo de ideas, de historias, de prescripciones? ¿Es un llamamiento decisivo a la conversión del corazón, o una información destinada a aumentar el caudal de conocimientos religiosos? Preguntas todas que merecerían entrar en un examen de conciencia pastoral. Porque sólo hay evangelización donde hay Evangelio...

b) Los «no-convertidos»

Este Evangelio, ¿a quién lo presenta la evangelización? Ordinariamente se contesta: a los incrédulos. De hecho, esta respuesta se impondría si sólo se tratara de definir la evangelización en el tiempo de los Hechos de los Apóstoles. Pero,

querámoslo o no, la palabra «creyente» ha tomado en el vocabulario vulgar y hasta en el de la sociología religiosa, nuevos matices, un sentido nuevo que paradójicamente hace abstracción del elemento fundamental de la fe: la conversión. Así podemos decir que en nuestra diócesis hay un 90 por 100 de «creyentes»... La consecuencia aparece inmediatamente: puesto que se dirige a los «no-creyentes», que no son más que una minoría, la evangelización es cuestión de especialistas. Sólo concierne indirectamente al clero en contacto habitual con los «creyentes». «Casi nunca encuentro un incrédulo», decía el párroco de una gran parroquia de Lille. En estas condiciones, es difícil comprender por qué en una diócesis como la nuestra el obispo asigna a su clero como principalísima tarea la evangelización... Desaparece en parte este equívoco al designar como destinatarios de la evangelización a los «no-convertidos» en lugar de los «no-creyentes». La evangelización concierne a todos los que todavía no están convertidos al Dios Vivo o que se han apartado de El, pertenezcan o no a la categoría sociológica de los «creyentes». Inmediatamente nos damos cuenta que los «no-convertidos» son legión, hasta en los países donde casi todo el mundo está bautizado, hace la primera comunión y está enterrado por la Iglesia. Y comprendemos por qué nuestro primer deber es evangelizar.

¿Se pueden precisar aún más las fronteras y la naturaleza de este mundo de los no-convertidos, de este país de misión? Evidentemente, es algo muy complejo. De todas formas, hay que tener en cuenta dos puntos de vista complementarios: el individual y el colectivo.

CONVERSIÓN /QUIENES: Primero, el punto de vista individual. Fácilmente podemos distinguir tres tipos de personas no-convertidas: El hombre que jamás ha podido oír verdaderamente el Evangelio, la Buena Nueva de la Salvación en Jesucristo, bien sea por razones geográficas evidentes, bien sea por razones psicociológicas. Está también el hombre que verdaderamente lo ha oído y lo ha rechazado, que por su falta se hunde en las «tinieblas» que describe San Juan. Ignoramos totalmente quién es este hombre. Es el secreto de Dios. Pero es importante para nuestro sentido misionero saber que la libertad de rechazar a Cristo existe... Y, por fin, está el hombre que ha oído el Evangelio, que «sabe» el Evangelio, que lo «posee» en los dos sentidos de la palabra, que obedece a muchas de sus prescripciones, que participa de ciertos «sentimientos» cristianos, pero que no ha comprendido jamás, o que ya no comprende, que lo más hondo de su existencia ha de decidirse por el Evangelio, que no ha visto jamás o que ya no ve más el carácter intencional, nuevo y radicalmente decisivo del Evangelio. A este hombre, ¿no es lógico llamarlo «no-convertido» en el sentido más estricto de la palabra?, ¿es que no necesita «ser evangelizado», «re-evangelizado» constantemente?

A un hombre así, ya lo creo que lo conocemos. Lo encontramos a menudo. En nuestras parroquias, en nuestras iglesias. En nuestros colegios y seminarios. Está en todas partes. En todas partes donde el trabajo evangelizador nos espera y solicita. El punto de vista colectivo no es menos importante. Estrictamente hablando, la conversión es una realidad rigurosamente personal: ¡es un cambio de «corazón»! Pero en cierto sentido podemos también hablar de ambientes no-convertidos. Esta realidad colectiva, misteriosa pero incontestable, es diferente de la suma de las realidades individuales. Aquí es también posible distinguir tres tipos de ambientes no-convertidos. Por un lado, el medio ambiente que no ha podido acoger el Evangelio porque nunca lo ha oído verdaderamente. No se puede saber a priori si este medio acogerá o no la Buena Nueva. A veces creemos que no, cuando en realidad nunca tuvo la posibilidad efectiva de mostrar sus disposiciones.

Hay ambientes que no lo han acogido, porque lo han rechazado. «Sui eum non receperunt.» Ambiente sin frontera visible. Ciudad del mal. El «mundo» en sentido peyorativo. Las «tinieblas». Existe, por fin, el medio que no acoge el Evangelio en toda su fuerza divina, como la Buena Nueva inesperada, nunca oída, de la salvación del hombre en Jesucristo, sino como una realidad de este mundo, de aquí abajo, entre otras, en el mismo plano. Una moral entre otras morales, una religión entre otras religiones, una sabiduría entre otras sabidurías. Este medio «mundaniza» el Evangelio hasta cuando lo incienza. Si esa actitud la lleva al límite, lo que raramente ocurre, este medio no tiene de cristiano más que el nombre y algunas apariencias. Pero en la medida en que responde a esta descripción no puede ser considerado tranquilamente como «convertido». Necesita, pues, la evangelización.

c) Puesta en presencia

Nos queda el tercer término de la definición propuesta al principio, el más difícil de precisar: «poner en presencia». La evangelización consiste en poner estos no-convertidos en presencia del Evangelio, en «presentarlo» en el sentido fuerte de «hacer presente», en hacérselo «encontrar» con toda la fuerza que tiene la palabra «encuentro».

¿Por qué «poner en presencia», en lugar de «decir»? Es que justamente la verdad que hay que transmitir es de un orden particular. No es un conjunto de nociones destinadas en primer lugar a satisfacer el apetito racional del hombre: esa «palabra de sabiduría» que apreciaban los corintios (I Cor 1). esa «filosofía completamente humana» amada por los colosenses (Col 2, 8). Porque «nosotros predicamos un Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los paganos» (I Cor 1, 23). No un conjunto de demostraciones más o menos convincentes que llenarían una necesidad de verificación y de evidencia: «Judaei petunt signa!» No una especie de mística que respondiera a fuerzas oscuras e instintivas del hombre y capaz de procurarle una satisfacción ambigua, una de esas experiencias exaltantes contra las que San Pablo advertía a los corintios. Se trata de una verdad que finalmente es un acto, el Acto de Alguien revelándose como Valor supremo para el que lo reconoce, el acto del Salvador definitivo. Se trata de la Verdad viva que trata de encontrarse con el hombre, que se abre camino no sólo hasta los oídos, no sólo hasta las zonas superficiales de su razón, sino hasta lo más profundo de su ser, ese centro que Pablo llama «las profundidades», el «interior», lo «de dentro», el ϕ neuma», el «corazón». Y por esto la evangelización consistirá esencialmente en «cooperar» con Dios, con la Revelación en Acto, para hacer presente el Evangelio al «espíritu», al «corazón», para provocar este encuentro entre el Evangelio y el corazón. «Escribir el Evangelio en los corazones» (cf. /2Co/03/03). «La palabra en tu corazón» (/Rm/10/08). «La palabra obra en vosotros» (I Tes 2, 13).

Quizá es en este plano en el que nos debemos situar para contestar a una pregunta formulada a menudo y que sirve de caballo de batalla: el puesto de la palabra en la evangelización. ¡Nadie, evidentemente, discute la importancia del lenguaje en la transmisión de la Buena Nueva! Pero, por una parte, uno se pregunta cuándo y cómo hay que hablar. «¿No somos demasiado reservados? ¿Los militantes son demasiado discretos? ¿No es ya tiempo de pasar a la proclamación clara y neta del Evangelio?» Por otra parte, se experimenta el sentimiento confuso que en tanto no se ha llegado a una enseñanza explícita del Evangelio no hay, propiamente hablando, evangelización. «No digáis que vuestros militantes de Acción Católica evangelizan. No hablan casi nunca de Cristo...»

Pues bien, si lo que hemos dicho es cierto, estas preguntas están como absorbidas en otra, más profunda, más vital, sobre la cual todos los sacerdotes, cualquiera que sea el sector que les ha sido confiado por el obispo, pueden entenderse, aun en el caso

que las respuestas concretas difieran: ¿Cómo hacer hic et nunc para provocar un encuentro real entre estos no-convertidos y el Evangelio? ¿Cómo hacer llegar el Evangelio al corazón de estos no-convertidos?

TETIMONIO/QUÉ-ES: A veces parece esencial el testimonio silencioso durante mucho tiempo: Foucauld entre los tuaregs, Peryguère entre los bereberes, Teilhard en el mundo científico no predicaron mucho. Y, sin embargo, ¿son evangelizadores de menos categoría? ¿Es que no han manifestado el Señor? ¿No han hecho presente la Pascua? Si decimos que sí, ¿no tendremos que emplear con reserva, hablando de ellos y hablando de todos los militantes cristianos llamados a dar testimonio, a veces mudo, los términos de pre-evangelización o de pre-misión? O, al menos, ya que estas palabras tienden a convertirse en vulgares, ¿no debemos acentuar con fuerza que se trata de la primera etapa de una evangelización completamente auténtica?

A veces, por el contrario, el silencio puede frustrar el encuentro. La palabra, clara y neta, la confesión pública de la fe en tal circunstancia, hubiese hecho penetrar el Evangelio más profundamente en los corazones. ¡Cuántas vidas cambiadas gracias a un testimonio explícito de Cristo!

PALABRERÍA: Pero a veces también, nuestras palabras, aun suscitadas por una gran generosidad, pueden ser obstáculo al Evangelio. Porque el oyente nos toma por uno de estos mercaderes de filosofía o sabiduría, uno de los «disputadores de las cosas de este mundo» de los que habla San Pablo (I Cor 1, 20). «La conversación ha envilecido la palabra», escribe San Agustín.

Entonces, ¿qué hacer? Si la evangelización consiste en poner a los no-convertidos en presencia del Evangelio en el sentido en el que hemos entendido estos tres términos, ¿es aún posible? De todo esto se deduce que sólo es posible mediante una misión y un poder divinos, misión y poder que Cristo mismo ha dado a su Iglesia. No nos vamos a alargar en este punto, en el que todos estamos de acuerdo.

Tampoco nos alargaremos sobre otra consecuencia, esencial sin embargo: la necesidad para el evangelizador de estar en comunión, lo más estrecha posible, con el Evangelio: ser un Evangelio vivo, una Pascua viva, un sacramento viviente de la Pascua. «Que la vida de Jesús sea manifestada en nuestra carne mortal» (2 Cor 4, II). Cuanto más identificado esté con Cristo en su muerte y resurrección, más apto será el evangelizador para «presentar» realmente el Evangelio a aquellos a quienes se dirige y ante quienes vive. Sobre esta exigencia, fácilmente estaríamos también de acuerdo.

Es otra la exigencia que nos va a ocupar la segunda parte de esta exposición: conocer la vida real de los que tenemos que evangelizar.

II. CONOCER A LOS QUE EVANGELIZAMOS

Imaginemos por un instante uno de estos no-convertidos con los que nuestro ministerio nos pone en contacto. A menudo nos encontramos desarmados por su indiferencia al mensaje que llevamos dentro. La mayor parte de las veces no lo rehúsan. Sin embargo, no lo acogen. Sencillamente, sólo parece interesarles muy poco, superficialmente, ¡a título de curiosidad! Se habla de un muro que franquear, de un foso, de una pantalla. Poco importa la metáfora. Se comprueba que «esto no pasa». «Cuando llego a Cristo -dice un coadjutor-, ya no escuchan.» El hecho es colectivo: ambientes enteros parecen impermeables a la evangelización. Tal zona del medio popular, del mundo universitario, del mundo técnico, de la juventud. Es también un hecho individual: lo comprobamos en nuestras visitas, en los encuentros con los novios que se preparan para casarse, etc.

De ahí a concluir que no hay nada que hacer, a condenar en bloque la mentalidad moderna, la mentalidad técnica, a acusar a la «juventud de hoy», a renunciar más o menos explícitamente a su

evangelización, no hay más que un paso.

Pero eso sería, prácticamente, negar el Evangelio, la «fuerza divina» de esta Buena Nueva de salvación para «todo hombre» que cree en Cristo. E iría contra la voluntad más expresa de Cristo y de su Iglesia: «anunciad el Evangelio a toda criatura.»

Más vale buscar las razones de esta indiferencia al mensaje, de esta aparente impermeabilidad.

¿No será, entre otras razones, que estos hombres, colectiva o individualmente, no perciben la relación entre ese mensaje y los valores de su vida real, entre el Evangelio y lo que constituye la densidad, el peso de su existencia cotidiana?

La cuestión se plantea ante todo en el campo colectivo. En los medios que acabamos de evocar, ¿no existe como un sentimiento oscuro y tenaz de que el cristianismo es extraño a lo que realmente cuenta en la existencia humana, a lo que da valor a la vida real?

Pensemos en el mundo científico, en sentido amplio, en el de los hombres que se interesan efectivamente, porque, al menos, están un poco dedicados a la ciencia y a sus aplicaciones. De entrada, le reconocemos espontáneamente, poderosamente,

frecuentemente, un cierto número de valores: fe en el esfuerzo humano; fe en la obra inmensa que realizan el valor y la inteligencia del hombre; fe en la solidaridad de la humanidad comprendida como un todo; fe en la historia. Todos estos valores se experimentan y se viven profundamente. Para que un no-convertido que participa de esta mentalidad escuche el mensaje cristiano, ¿no es normalmente necesario que perciba en él alguna relación con estos valores y, con mayor razón, que su primera manifestación no aparezca como una condenación?

Pensemos en la «mentalidad obrera», no para describirla, sino para situar el problema. También en ella reconocemos inmediata e imperiosamente valores fundamentales. Las palabras justicia, fraternidad, universalidad, son algo más que slogans.

Corresponden a aspiraciones profundas que se traducen en reacciones comunes. Se cree también en el trabajo, en cierto sentido de la historia. Se experimentan desconfianzas instintivas en relación con lo que parece oponerse a estos valores. ¡Qué difícil será para un no-convertido de este medio escuchar una Palabra en la que estos valores parezcan rechazados o simplemente ignorados!

Evoquemos también el mundo de la juventud. Lo que tiene valor a sus ojos es la libertad, la amistad, la experiencia, el compromiso, la vida. Sin duda que puede haber bastante palabrería. Pero esto mismo refleja una mentalidad. En todo caso, toda una juventud reacciona intensamente, excesivamente ante estos u otros valores. Si el cristianismo es presentado de entrada como una ley que aprisiona esta libertad, una ascesis y una renuncia que ahogan las aspiraciones al gozo, a la vida, a la amistad, una contemplación que sustrae de las responsabilidades en el mundo, entonces corre el riesgo de ser rechazado aun antes de encontrarlo.

Podríamos continuar esta enumeración, pero lleguémonos a un punto de vista más individual.

Este no-convertido que está ante nosotros es una persona. Posee una vida profunda: su libertad y su conciencia, por muy recubiertas que estén, son reales. Creemos ciertamente, que la imagen de Dios permanece en cada hombre como su más íntima realidad. Sea quien fuere, es un ser en relación con los demás, hecho para amar y ser amado; en relación con la naturaleza, hecho para crear y para recibir; en relación consigo mismo, hecho para pensar y para decidir, para ser y para morir; en relación con Dios, hecho para adorar, alabar, suplicar, participar de su Bienaventuranza.

En el fondo, todo esto es lo más importante para esta persona, aun cuando no tenga conciencia clara, aun cuando, y sobre todo, no nos hable de ello. Es el amor, la camaradería, es el trabajo, el sufrimiento, la vida, la muerte, la felicidad quienes mandan en su existencia. Ahora bien, si nuestra «enseñanza» no le interesa, no

le toca, no provoca ni acogida ni rechazo, ¿no será, entre otras razones, porque le parece extraño a su existencia, aparte de estas realidades fundamentales?

Para que los no-convertidos, colectiva o individualmente, se interesen en el Evangelio, para que se abra una brecha en este muro que separa a los hombres del Evangelio, tienen que darse cuenta que el Evangelio reconoce los valores más auténticos de su vida de hombre. Y ¿quién puede favorecer este reconocimiento sino el hombre vivo enviado por la Iglesia viva que hoy presenta el Evangelio de Jesucristo?

Creo que esta exigencia es clarísima. Tenemos que conocer lo más realmente posible la existencia de los que evangelizamos: lo que da valor y peso a la vida para este medio, para esta persona. Pero para conocer hace falta ver y oír. Y para ver y oír no hay otro medio que ¡mirar y escuchar!

Entre los no-convertidos que encontramos diariamente, pocos nos hablan de lo que realmente les importa. Puede ser que no lo sepan claramente y estén esperando que se lo revelemos. Más a menudo hacen una selección: dicen lo que suponen nos interesa. Nos hablan de prácticas, de creencias, de moral, posiblemente, de beneficencia y de servicios. Aquel obrero metalúrgico no nos habla de su compañero accidentado en la fábrica, de los trámites para asegurarse una protección más eficaz, de los rumores sobre un posible despido. No habla de la última reunión sindical, en la que se ha decidido algo muy importante y de lo que quizá él pague los platos rotos. No habla de la preocupación de su mujer ante la perspectiva de un posible paro o cese del trabajo.

¿Tiene razón para creer que todo esto, es decir, su vida, no nos interesa? Es una cuestión urgente para un examen de conciencia pastoral. ¿Nos interesamos por estas realidades? Y ¿cuál es nuestro interés? ¿De cortesía? ¿De benevolencia? ¿De utilidad? Nuestra propia mentalidad, nuestro propio modo de vivir, ¿no nos lleva a operar, casi espontáneamente, una selección en lo que nos dicen los demás? En ese caso, somos nosotros los que miramos y escuchamos, y no ellos. En estas condiciones, ¿cómo podemos ponerlos realmente, vitalmente, en presencia del Evangelio?

Si, por el contrario, aceptamos borrarlos, desaparecer en esa actitud atenta, llena de respeto, de la que el Señor nos ha dado ejemplo -pensemos en su mirada, en sus diálogos-, entonces nos será posible entrever lo que verdaderamente cuenta en la vida de los hombres, y podremos traducir para ellos hoy el Evangelio eterno.

¿Es una paradoja afirmar que una de las condiciones fundamentales de una verdadera evangelización es el silencio, y no cualquier silencio, sino aquel del Amor, de quien solamente puede brotar la palabra de verdad?

A. DECOURTRAY
EVANGELIZACIÓN Y CATEQUESIS
CELAM-CLAF
MAROVA.MADRID-1968.Págs. 23-36